



Reflexiones sobre san Juan Eudes

Para conversatorios comunitarios en preparación a su fiesta

LA EXPERIENCIA ESPIRITUAL DE SAN JUAN EUDES

Introducción

¿Cómo entender la experiencia espiritual de Juan Eudes?

Esta experiencia está indisociablemente unida, al mismo tiempo, a un encuentro personal con el Señor y a lo que vivió a lo largo de su vida.

Podemos decir que tres elementos claves de esta experiencia están tan unidos que no hacen sino uno solo:

- ✓ la experiencia de la misericordia,
- ✓ la formación de Jesús en nosotros y en los demás/ hacer vivir y reinar a Jesús,
- ✓ El celo por la salvación de las personas.

Por otra parte, Juan Eudes «traduce» concretamente esta experiencia de tres maneras, que están también profundamente unidas:

- ✓ en sus libros, como escritor;
- ✓ en sus obras, como misionero;
- ✓ en sus fundaciones, como iniciador de tres grupos apostólicos.

Vamos a ver primero, su encuentro personal con el Señor, después su vida misionera. Nos colocaremos enseguida como en un cruce de dos experiencias, para descubrir más de cerca como en su vida optó por la misericordia.

1. SU ENCUENTRO PERSONAL CON EL SEÑOR

¿Quién es Dios para Juan Eudes?

En su Memorial, Juan Eudes escribió que él había «comenzado a conocer a Dios» cuando tenía 12 años (Memorial 6): podemos asegurar que esta expresión de Juan Eudes, más que un conocimiento intelectual es ya una experiencia personal de Dios, como cuando la Biblia evoca el « conocimiento » de Dios, por ejemplo en el libro de Oseas: « *yo te desposaré en la fidelidad y tu conocerás al Señor* »(Os 2, 22)

Es también en la adolescencia que Juan Eudes hace el voto de castidad (Memorial 6)), lo que expresa bien, muy temprano en su vida, el deseo de una relación personal de amor con el Señor.

Como discípulo de Bérulle, su maestro durante los primeros años en el Oratorio, Juan Eudes tuvo una conciencia fuerte de la grandeza de Dios, en su Catecismo de la Misión, escribía más tarde:

« *Que estima hay que tener por Dios?
- Que El es Dios, que El es el gran Dios vivo.* »

Sin embargo, para él, esta conciencia de la grandeza de Dios era inseparable de su encuentro con un **Dios encarnado en Jesús**.

«*Jesús es el verdadero sol y el centro del mundo*» decía Bérulle¹.

Después de Bérulle a Juan Eudes le gustaba afirmar que «*la obra de las obras, la ocupación principal es la formación de Jesús en nosotros.*»

¿Qué es la vida cristiana?

Según san Juan Eudes, nuestra vida podría resumirse en una sola frase: se trata de **continuar la vida de Jesús, de** dejar a Jesús continuar su vida en nosotros, en una palabra «**ser otro Jesús en la tierra**».

Continuar la vida de Jesús es más que una imitación exterior: es dejar pasar la vida de Jesús en nosotros y que esta nos anime desde el interior, así como la sangre circula en todo el cuerpo y así como la savia en el tronco de la vid pasa a sus ramas.

En san Juan Eudes ese deseo de continuar la vida de Jesús culmina de alguna manera en la iniciativa que tuvo cuando solo tenía 36 años: estando en el Oratorio de Caen, escribió y firmó con su sangre un «**voto de martirio**».

Esto nos puede parecer extraño en nuestro contexto actual, pero tenemos que ver la pasión de Juan Eudes, su celo ardiente, su deseo de estar totalmente «configurado» con Aquel a quien le había entregado su vida. Es verdaderamente el signo de su disposición a darlo todo, «*por la gloria de Dios y su amor*», ¡sin preocuparse del precio que tendría que pagar!

Esta disposición de adhesión profunda a Jesús fue una constante en su vida, madurada en el libro que publica en 1637, el mismo año que hizo su voto de martirio.

En efecto en «**Vida y Reino de Jesús en las almas cristianas**», decía fundamentalmente lo mismo: la vida cristiana en todos sus aspectos consiste en hacer vivir reinar a Jesús

¹ Milcent, Artesano de la renovación... pg. 29

en el corazón, y en el corazón del mayor número posible de cristianos. Hay que dar todo a Jesús, en cada instante de nuestra vida.

Juan Eudes se sintió inspirado de **ofrecerse a Dios en oblación**, para que Dios se sirva de él para destruir el pecado en el mundo. ¡Pero al mismo tiempo él pedía a Dios que su deseo de alabarlo y amarlo eternamente no sea jamás destruido! Ese texto donde él se ofrece a la vez a la justicia y al amor de Dios fue encontrado después de su muerte. En efecto lo que estaba en el corazón de este ofrecimiento de sí mismo, era una inmensa compasión por aquellos que tienen el riesgo de perderse, *«falta de hombres apostólicos que les tiendan la mano»* (ver El buen confesor, OC IV 179; Citado por Paul Milcent, pg. 362-363)

La oración en Juan Eudes

Si miramos **la oración** en Juan Eudes, vemos que el centro es también Jesús: es siempre y primero que todo una contemplación **de Jesús**, contemplación que se traduce en adoración, en admiración, en acción de gracias.

Yo quisiera simplemente resaltar su gran «capacidad» de admiración y de acción de gracias:

- ¡Los «oh!» que puntualizan sus escritos, su oración, son el signo de un corazón que no está replegado sobre sí mismo, sino que está profundamente abierto a Dios, a su acción en él y en el mundo;
- La acción de gracias es también la marca de alguien que ha sabido «desprenderse de» su vida y que se coloca en las manos de otro, que reconoce la gratuidad del amor en todo lo que le sucede, incluso en la cruz y las pruebas. Esta dimensión de acción de gracias es lo que más impacta en el Memorial, especie de diario donde Juan Eudes hace una relectura de su vida, que él llama también «Memorial de las bondades de Dios».

Su oración se alimenta abundantemente de la **Palabra de Dios**, que él meditaba largamente y directamente, también a través de los escritos de los Padres de la Iglesia. De una manera particular, él había aprovechado los dos años de inmovilización debida a la enfermedad al comienzo de su ministerio (Memorial N° 17); pero seguramente que continuó esta profundización a lo largo de su vida. Tenemos la prueba por las innumerables citas bíblicas que conforman con frecuencia sus meditaciones y reflexiones.

Su oración tenía también un matiz eucarístico bien fuerte: ¡él decía que se necesitaría una eternidad para prepararse a la Eucaristía, una eternidad para celebrarla y una eternidad para dar gracias!

Una profundización constante

La vida de Juan Eudes con Dios, en Jesús, se profundizó progresivamente en un «tejido» en un ir y venir continuos entre la oración, los acontecimientos de la vida, la reflexión y la acción misionera.

Un aspecto bien específico de esta profundización es el lugar que el dio al **Corazón de Jesús**. En efecto, muy temprano en su vida, su contemplación del misterio de Jesús lo

llevó a centrarse en el Corazón de Jesús, fuente del amor infinito de Dios por nosotros. El Ave Cor, salutations al Corazón de Jesús, aparece como una práctica cotidiana desde el inicio de sus tres fundaciones.

Es desde esta hoguera ardiente que Juan Eudes ha recibido todo el amor que abrasa su vida y del cual fue devorado en su celo por la salvación de las almas.

Poco a poco encuentra las palabras para decirlo fuertemente: Jesús ha llevado en su Corazón todas nuestras miserias, nuestras angustias; se comprometió hasta el final de su vida para arrancarnos de esta miseria. Él es la expresión a la vez humana y divina de la misericordia de Dios por nosotros, él es la encarnación de la misericordia, *Él es misericordia.*

Muy temprano también, su experiencia espiritual tuvo un **matiz marial muy marcado**. Sus padres lo habían consagrado a María desde antes de su nacimiento. (Memorial Nº 3). La tradición cuenta que adolescente él pasó un anillo en el dedo de una estatua de la Virgen María... Lo que es seguro es que durante la formación con los Jesuitas a Caen, él entra a los 17 años en la « Congregación de Nuestra Señora », y recibió « *tres grandes gracias* » (Memorial Nº 8). Es seguro también que en 1668 él se compromete con Nuestra Señora con un « contrato de alianza », escrito de su propia mano y con el cual quiso ser enterrado.

Toda su vida y sus escritos están atravesados por su amor a María, que buscó comunicar con pasión a su alrededor. Tenía sobre su mesa una estatua de la Santísima Virgen, sentada, teniendo al Divino Niño en su seno. Siempre acudía a ella y « *le hacía homenaje de sus éxitos al regreso de sus misiones* » (Orígenes NDC, 248).

Esta estatua se encuentra en la comunidad de Nuestra Señora de la Caridad de Caen desde 1741, podemos fácilmente imaginar a Juan Eudes orando delante de esta imagen de María amamantando a Jesús: ¿no contribuyó ella a afianzar su fe en la Encarnación del Hijo de Dios, que se hizo uno de nosotros hasta en los detalles más concretos de nuestra vida? ¿No le ayudó ella a comprender como « *Jesús es el Corazón de María* », a causa de la intimidad tan profunda entre la madre y su hijo, que se adivina contemplando esta estatua?

Mirando esta Virgen amamantando, muy humana, así como su niño, podemos comprender porque Juan Eudes amaba y podía hablar del misterio de la Encarnación evocando:

« Jesús y María están tan estrechamente unidos que, quien ve a Jesús ve a María, y quien ama a Jesús ama a María... María guardaba en su Corazón todos los misterios y todas las maravillas de la vida de su Hijo... María nos ama del mismo amor del cual ella ama al Hombre-Dios, que es su Hijo Jesús. »

SUGERENCIA PARA EL CONVERSATORIO

- ✓ Resonancias que nos ha dejado la experiencia espiritual de Juan Eudes
 - ✓ ¿Qué puedo compartir de mi propio itinerario espiritual?
- 



2. Su vida misionera

Juan Eudes no era para nada un « teólogo de cuarto »! Era un hombre de terreno. Ciertamente, él tomaba el tiempo de preparar lo que iba decir a quienes le oían –y las largas marchas a pie o a caballo en la campiña, de un pueblo a otro le daban tiempo! – pero podemos decir que su pensamiento se precisaba en el contacto con su auditorio, en la medida en que se desarrollaban sus misiones.

El trabajo en las misiones

Juan Eudes siempre se « definió » él mismo como « sacerdote misionero». Las misiones

parroquiales eran frecuentes en ese tiempo. Se trataba de pasar algunas semanas seguidas en una parroquia, para llamar a la gente a la conversión y a vivir en coherencia con su bautismo.

Estas misiones ocuparon una gran parte de la vida de Juan Eudes, cerca de 50 años, en 117 misiones.

Los misioneros dirigían sus predicaciones a la gente sencilla así como a los grandes de este mundo; encontraban a las personas en su situación concreta; pasaban largas horas a escucharlos en el confesionario; enseñaban el catecismo, iniciaban a las familias a la oración.

La llama que animaba a Juan Eudes a lo largo de las semanas pasadas en cada lugar de misión, su deseo ardiente, era de *hacer amar su bien amado Jesús, servir la Iglesia de Jesús, restablecer la gracia, el espíritu y la vida del cristianismo que estaba apagada en la mayoría de los cristianos.*

Ese celo, ese impulso, brotaba de su vida de unión con Dios, de su relación personal con Jesús, sin cesar profundizada desde los años de su juventud.

Su palabra estaba impregnada de oración. Los consejos que daba a sus predicadores los había practicado él mismo:

- *El no predicaba sino lo que había meditado y considerado delante de Dios. Cuando él hablaba se podía adivinar que él venía de conversar con Dios y de encomendarle sus auditores.*
- *Él había renunciado a sí mismo y se había dado a Jesucristo, Verdad eterna y fuente de verdad, suplicándole que lo abaje y se establezca en él, a fin de que sea el mismo Jesús quien hable, puesto que El solamente puede anunciar la Palabra de su Padre. (OC IV 20-21, 78 ; OC X 479)*

Para Juan Eudes, toda la vida es misión. El había comprendido esto contemplando a Jesús quien, como hijo bien amado, recibe de su Padre su vida, su misión.

Un objetivo: conducir las personas a la fuente

A medida que transcurre su vida, Juan Eudes entraba más profundamente en la contemplación de los misterios de Jesús, al mismo tiempo que tenía la preocupación de ayudar a la gente a entrar en esta contemplación.

Para eso, él les proponía medios muy simples:

* **Las oraciones litánicas**, que retoman en algunas expresiones los aspectos esenciales de cada misterio: el misterio de la Infancia de Jesús, el misterio de la Eucaristía, el misterio de la Pasión del Señor, etc. De manera muy simple, fácil de memorizar, esas oraciones litánicas llevaban a aquellos que las oraban a « entrar » en el corazón del misterio, a contemplar a Jesús en ese misterio.

* **El libro del Cristiano o Catecismo de la Misión** (1642), que invitaba a cada quien a vivir su vida cristiana como camino de santidad.

Allí también de manera muy simple, el Padre Eudes quería preparar los niños a la primera comunión y darles a conocer lo esencial de la religión cristiana. Sus biografías dicen que él lo hacía tan bien que los adultos venían también para escucharlo!

* « **La vida y el reino de Jesús en las almas cristianas** » es la obra maestra de su madurez (y por tanto no tenía sino 36 años!). No es un libro en el sentido como lo entendemos hoy, que se lee de la primera a la última página. Se trata más bien de un manual de ejercicios, como lo decía él mismo, en el sentido de que para vivir en pleno la vida cristiana, es necesario ejercerse y trabajar con frecuencia y por largo tiempo!

Y de hecho la dimensión de **tiempo** está muy presente en esta obra: en tanto que seres humanos, seres creados, nosotros estamos situados en el tiempo y ese tiempo que nos es dado debe servirnos para encontrar a Dios. La vida nos ha sido dada para « acostumbrarnos » a Dios; cada hora, cada día, cada semana, cada mes, cada año de nuestra vida, son las solas ocasiones que nos son ofrecidas para « *formar a Jesús en nosotros* », para « *continuar su vida* », « *continuar y realizar sus estados y sus misterios* ». El camino de la santidad, ofrecido a cada uno está allí, y es por allí solamente que el pasa.

* Es también a través de su experiencia en las misiones que Juan Eudes fue llevado a utilizar **el símbolo del corazón** para ayudar a la gente a comprender un poco lo que es el amor incondicional de Dios por nosotros. Poco a poco, se afianzó y reforzó su convicción de que el Corazón de Jesús le había sido dado y que él podía darlo a su vez, abrir así a sus auditores a un horizonte inmenso, aquel del amor del cual somos amados y que en respuesta nos llama a amarle. Pero justamente, si **el corazón mismo de Dios nos ha sido dado en Jesús**, es para que cada uno de nosotros sea « hecho capaz » de amar a la medida de Dios. Nosotros podemos amar « con nuestro gran corazón », es decir con el corazón de Dios que se vuelve nuestro corazón!

Compromisos concretos

Además de su predicación, sus enseñanzas y sus largas horas en el confesionario, Juan Eudes vivió también **un compromiso muy concreto**:

- *En las situaciones de angustia extrema: la peste golpeo dos veces, en 1627 à Argentan y en 1631 a Caen. Para el joven sacerdote que se colocó al servicio de los apestados, esas dos experiencias fueron « fundadoras », en el sentido de que ellas*

marcaron su vida entera con el sello de la compasión, de la proximidad con los más pobres. En 1639, la rebelión de los pies desnudos fue para él una llamada a ser « la voz de los sin voz », interviniendo con las autoridades con suficiente fuerza como para obtener la liberación de un gran número de prisioneros, fuertemente condenados por pequeños delitos.

- *Cerca de los pobres en lo cotidiano*: la visita regular a los enfermos y los prisioneros; la prioridad dada a los más vulnerables; la acogida de las mujeres marginalizadas: todos esos pasos y actitudes son el signo de un hombre que reconoce en todas las personas sufrientes o marginalizadas, el rostro mismo de Jesucristo.

Los consejos que el daba a sus hermanos misioneros para vivir los « ejercicios de la misión », van en el mismo sentido que sus propios compromisos, los invitaba a estar atentos a numerosos detalles y gestos significativos, esto nos dice su preocupación por la gente simple, que no tiene un gran puesto en la sociedad:

- Enseñar el catecismo a las cuatro y media de la mañana « *en favor de las pobres empleadas domesticas, viñadores y otras personas que tenían que ir enseguida a su jornada de trabajo.* » (Milcent p50)
- Dar la prioridad a las mujeres embarazadas en las filas de espera para la confesión, para que no tuvieran que esperar tanto ;
- Utilizar la dulzura más que el rigor con los penitentes para no desanimarlos pues « *...Se hace con la dulzura todo lo que se quiere, nada puede resistirle; pero con la dureza dañamos todo...* » (El buen confesor)
- « *Ser todo caridad para escuchar cada persona, hablar dulce y amablemente a todos, visitar cuidadosamente los enfermos sin esperar a ser llamados, consolar los afligidos, reconciliar aquellos que están en discordia, asistir a aquellos que están en la necesidad, hacerse el abogado y el defensor de todos los pobres y el refugio de todos los miserables.* » (El buen confesor p. 187)

Realizar acciones en el seguimiento de Jesús nos lleva cada vez más lejos: es así como Juan Eudes llegó a ser **fundador en tres ocasiones**:

- Nuestra Señora de la Caridad,
- la Congregación de Jesús y Maria,
- la Sociedad del Corazón Admirable de la Santa Madre de Dios

Cada vez se trataba de responder a una necesidad precisa y Juan Eudes no dudó en arriesgarse a sufrir las críticas y reprobaciones cuando sentía que Dios lo conducía en una dirección que no había escogido por sí mismo, pero en la cual él se comprometía decididamente, puesto que era « la voluntad de Dios ».

Nuestra Señora de la Caridad, era la respuesta al grito de las mujeres en dificultad, rechazadas por la sociedad.

La Congregación de Jesús y María, era la respuesta a la necesidad urgente de mejor formar a los sacerdotes para guiar y acompañar el pueblo cristiano en su camino de conversión, de fidelidad al bautismo.

La Sociedad del Corazón Admirable de la Santa Madre de Dios, era la respuesta a las expectativas de un cierto número de cristianos, hombres y mujeres, que querían justamente vivir una vida cristiana auténtica y un servicio de Jesús en los pobres, donde ellos se encontraban, pero que tenían, para ello necesidad de sentirse apoyados y estimulados.

Esta Sociedad que se llamó más tarde una Tercera Orden, se desarrolló bastante en el tiempo de san Juan Eudes y en los siglos que siguieron, sobre todo en ciertas diócesis. Contribuyó mucho a extender la devoción al Corazón de Jesús y de María, por ello con frecuencia fue el blanco de los jansenistas, que predicaban una religión más rigurosa.

En el siglo XIX, dos fundadoras de Congregaciones femeninas, Juana Jugan (Hermanitas de los Pobres) y Amélie Fristel (Hermanas de los Sagrados Corazones de Jesús y María), fueron miembros de esta Sociedad.

Sugerencia para el conversatorio comunitario

- ✓ ¿Qué enseñanzas nos deja Juan Eudes en relación a su experiencia misionera?
- ✓ ¿Qué relectura podemos hacer para el hoy de nuestra vida en misión?

3. En la encrucijada de dos experiencias

Es en la encrucijada de estas dos experiencias (personal y misionera) que Juan Eudes fue llevado a hacer un discernimiento, que se traduce en una **opción definitiva: la opción de la misericordia**. Este discernimiento se sitúa precisamente en el periodo en el cual iba a llevar a cabo la fundación de Nuestra Señora de la Caridad.

Esta opción definitiva marcó tanto su vida, que los primeros biógrafos

comentaron que la actitud de la misericordia se había vuelto en él muy natural. Verdaderamente, el amor de Dios se encarnó en él y en adelante su celo ardiente sería puesto todo entero al servicio de una compasión llena de ternura, matizada de humildad y de paciencia.

Él centró toda su vida sobre la Buena Noticia de la Misericordia y sobre los gestos de misericordia a realizar, se dejó impregnar cada vez más de la certeza de que el Amor Salvador de Dios está presente, cerca de cada uno y que este amor es compasión y misericordia.

Él sabía que era el primero en beneficiar sin cesar de esta misericordia del Señor: « *El abismo de mi miseria ha llamado el abismo de la misericordia* », amaba decir parafraseando el salmo 42.



Si él tenía un sentido fuerte del pecado también tenía un sentido fuerte del Amor de Dios, de su misericordia con cada uno de nosotros. O sería que por conocer la profundidad de la misericordia del Señor era también consciente del horror del pecado?

La misericordia decía, no se puede vivir sino es desde una doble condición:

- ✓ Saberse pecador y perdonado
- ✓ Llegar a ser testigo de este amor salvador restableciendo al otro en su dignidad.

Y ella contiene un doble movimiento:

- ✓ Llevar en el corazón la miseria del otro, hacerla suya de alguna manera;
- ✓ Querer ayudar a que salga de ella y actuar en este sentido.

Es todo esto que Jesús hizo, allí está el centro del misterio de la Encarnación. Solo Jesús podía realizar la transformación de la miseria de los miserables en una situación de libertad, de dignidad humana reconocida y vivida.

La misericordia en el seguimiento de Jesús es:

- ✓ Acoger y transmitir la ternura del Corazón de Dios por el hombre y la mujer heridos,
- ✓ Una pasión por la salvación del otro,
- ✓ Una obra de resurrección, de re-creación,
- ✓ Un amor gratuito y fiel,
- ✓ Una atención a la vida y una gran paciencia en la esperanza.

Como ha sido el caso para Juan Eudes, nuestra « devoción » al Corazón de Jesús no puede ser sino que un compromiso vital: es necesario asumir, llevar en el corazón la miseria humana y comprometerse a erradicarla; fue lo que hizo Jesús. Es lo que tenemos que hacer.

Ser sacramentos eficaces de la misericordia de Cristo, tal es nuestra **razón de ser**, en el seguimiento de Juan Eudes.

Conclusión

En conclusión de esta reflexión sobre la experiencia espiritual de san Juan Eudes, podemos mirar su vida según cuatro dimensiones:

- La contemplación,
- La acción de gracias,
- La petición de perdón,
- El compromiso.

Es así como Juan Eudes estructura muchas de sus oraciones:

- Una larga mirada sobre Jesús, sobre lo que es y hace;
- Esa mirada conduce a la acción de gracias, que es a la vez admiración y reconocimiento;
- Esa mirada saca a la luz eso que en nuestra vida no está de acuerdo con la vida de Jesús y es entonces el tiempo para la petición de perdón;
- Finalmente este caminar se concretiza en un movimiento activo para « darse a Jesús » para continuar su vida... y dejarlo continuar su vida en nosotros.

Pero estos « cuatro tiempos » son también característicos de toda la experiencia espiritual de Juan Eudes, que fue marcando en él un estilo de vida:

- « *Yo quiero a Jesús y nada más* », amaba decir. Dicho de otra manera su primera referencia en todo su caminar, era volverse a Jesús, de donde le llegaba toda la luz y la vida.
- Y, porque veía a Jesús y su amor en todas las cosas y en cada situación, no podía dejar de dar gracias por esta presencia amorosa, incluso en los momentos en que debía afrontar las contradicciones y las cruces.
- Puesto que fundamentalmente no quería sino lo que Jesús quería para él, él « renunciaba » a sí mismo y a todo aquello que en él y en su vida estaba todavía centrado sobre sí mismo marcado por el pecado.
- Finalmente, consciente de su propia fragilidad y de sus límites, en todo lo que realizaba, él « se daba » a Jesús y al poder de su Espíritu, para que sus acciones no sean las suyas sino que continúen y realicen las acciones de Jesús.

(Marie-Françoise Le Brizaut. NSCBP)

Sugerencias para el conversatorio comunitario

¿Hay alguna novedad en el mensaje de Juan Eudes que te ha impactado y lo quieres atesorar en tu corazón? Compártelo

Oración comunitaria

Señor Jesús, nunca me cansaré de decirte que deseo amarte sin medida. Y tanto lo deseo que si fuera posible desearía que mi espíritu se convirtiera en anhelo, mi alma en deseo, mi corazón en suspiro y mi vida en ansia vehemente.

Me entrego a ti amor irresistible y me abandono enteramente a tu poder. Ven a mí y destruye cuanto te desagrade y establece en mí el reinado de tu amor.

¡O amar o morir, o más bien, morir y amar! Morir a todo lo que no es Jesús, amar únicamente y por encima de todo al mismo Jesús. Dios de mi corazón, Tú me has creado para amar. Haz que no tenga vida sino para amar, que ya no viva sino en Ti y de Ti, que ya no tenga pensamiento, ni diga palabra, ni realice acciones sino por Ti y para Ti.

Señor Jesús quiero que reines dentro de mí. Reina y domina a pesar de mis rechazos. Oh mi amado Jesús, sé Jesús para mí. Oh mi todo, sé todo para mí, en el pasado, en el presente y en el futuro. ¡Una sola cosa me es necesaria, fuera todo lo demás! Sólo tengo un anhelo y nada más busco. Es lo único que amo, porque lo es todo para mí: JESÚS. Sólo quiero a Jesús, a él sólo busco. Lo amo y lo quiero amar con todo el amor del universo.

(OC 1, 304-404)